

AUGUST STRINDBERG

EL SALÓN ROJO

TRADUCCIÓN DEL SUECO
DE JESÚS PARDO

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Röda rummet*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2012 by Jesús Pardo de Santayana
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-15277-52-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 1547-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN EN ACANTILADO *enero de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

ESTOCOLMO A VISTA DE PÁJARO

Era una tarde de comienzos de mayo. El jardincito de la Mosebacke aún no había sido abierto al público, y la tierra de los macizos no estaba todavía removida. Las campanillas habían crecido entre los montones de hojarasca del año anterior y estaban a punto de poner fin a su breve existencia para dejar sitio a las flores de azafrán, más delicadas, que buscaban la protección de un peral sin fruto. Las lilas esperaban el viento del sur para florecer, pero los tilos aún ofrecían filtros de amor en sus botones, todavía por abrir, a los pinzones, que construían ya sus nidos, vistiéndolos de liquen, entre tronco y rama. Ningún pie humano había pisado las veredas de arena desde que se fundiera la nieve del invierno último, y, en consecuencia, pululaban en ellas fauna y flora sin que nadie las molestase. Los gorriones se dedicaban a acopiar basura, que escondían enseguida bajo las tejas del edificio de la escuela de náutica; correteaban entre restos de cajas de cohetes de los fuegos artificiales del otoño anterior, pisoteando las semillas de los árboles jóvenes de un año atrás, esparcidos aún por ahí, y nada escapaba a su vista. Encontraban en los emparrados restos de lana e incluso tiraban con el pico de mechones de pelo de perro que yacían allí desde el día de la fiesta de la reina Josefina. Todo era vida, todo eran disputas.

Pero el sol se levantaba sobre Liljeholm, y sus haces de rayos, al oeste, penetraban en las humaredas del Bergsund, se apresuraban a cruzar el Riddarfjärd, se encaramaban por la cruz de la iglesia de Riddarholm, se arrebujaban sobre

los tejados empinados de la iglesia alemana, se reflejaban en las ventanas de la gran aduana marítima, jugueteaban con las banderolas de los barcos del muelle, iluminaban los bosques de Lidingö, y se desvaían en una nube rosada, lejos, lejísimos, en la lejanía donde se extiende el mar. Y de allí llegaba el viento, y hacía el mismo viaje, sólo que de regreso, por Vaxholm, pasando junto a la fortaleza, junto a la aduana marítima, a lo largo de la isla de Sikla, pasando por detrás de Håstaholm, y echando una ojeada a las atracciones del verano; salía de nuevo y continuaba su camino por la bahía de Dan, se asustaba y se apresuraba a bordear la orilla sur, sentía el olor del carbón, el alquitrán, el aceite de ballena, se volvía hacia el parque de la ciudad, y subía finalmente por la Mosebacke, penetrando en el jardín y tropezando entonces con una pared. En aquel mismo momento abría la pared una muchacha que acababa de arrancar los burletes del interior de las ventanas, y un terrible olor a grasa de cocinar, a cerveza rancia, a ramillas de abeto y a serrín salía despedido y se disolvía al viento, que ahora, mientras la cocinera aspiraba por la nariz el aire fresco, aprovechaba la oportunidad para recoger el enguatado de las ventanas, el cual, moteado de lentejuelas y de bayas de agracejo y de hojas de rosa, salía en danza circular en alas del viento a lo largo de las veredas, danza en la que participaron sin tardanza gorriones y pinzones, viendo así resueltos todos su problemas de construcción de nidos.

En el entretanto, la cocinera continuaba su trabajo limpiando la parte interior de las ventanas, y al cabo de algunos minutos ya se había abierto también la puerta de la sala de abajo, que daba al portal, y por el jardín iba un joven, sencilla pero elegantemente vestido. Su rostro no revelaba nada insólito, pero sí se reflejaban en su mirada la tristeza y una lucha interior que, sin embargo, desaparecieron

en cuanto, liberado de las angosturas de la sala de abajo, pudo verse ante el horizonte abierto. Se volvió del lado de donde soplabla el viento, se desabrochó el abrigo y respiró hondo varias veces, lo que pareció aliviar su pecho y su talante. Después se puso a pasear a lo largo de la baranda que separa el jardín de los acantilados.

Del fondo llegaba el ruido de la ciudad recién despertada: turbinas de vapor resoplaban en el puerto, las barras de la balanza de hierro rechinaban, cortaban el aire los silbatos de los vigilantes de las compuertas, los vapores del muelle humeaban, los autobuses de Kungsbacke saltaban con estrépito sobre el empedrado desigual; ruido y gritos en el canal de los pescadores, velas y banderas ondeando en la corriente, graznidos de gaviotas, señales de sirena de Skeppsholm, gritos militares de la plaza de Södermalm, ruido de zuecos de trabajadores por la calle de Glasbruk, y todo esto, junto, daba una impresión de vida y movimiento que parecía despertar la energía del joven, porque ahora su rostro mostraba una expresión de reto y gozo de vida y decisión, y cuando se apoyó en la baranda para otear la ciudad a sus pies fue como si estuviera observando a un enemigo: las ventanillas de su nariz se abrieron y sus ojos llamearon, levantó el puño cerrado como si quisiera retar o amenazar a la desdichada ciudad.

Daban ahora las siete en Santa Catalina y la iglesia de María le respondía con su voz aguda e hipocondríaca, mientras la iglesia grande y la alemana cooperaban con sus bajos profundos, de modo que el espacio entero vibró enseguida con el ruido de todas las campanas de la ciudad, que daban las siete al mismo tiempo, pero cuando fueron callando, una tras otra, aún se oía en la distancia la última de ellas, muy lejos, cantando sus pacíficas vísperas; era el tono de ésta más agudo, su resonar más limpio y su ritmo más rápido que los de las otras, y es que esta iglesia es así. El jo-

ven escuchaba, tratando de distinguir de dónde llegaba el sonido, porque parecía despertar recuerdos en su memoria. De pronto su expresión se volvió muy suave y su rostro traicionó el dolor del niño que se siente súbitamente solo. Y es que estaba solo, porque sus padres yacían lejos, en el cementerio de Klara, de donde llegaba aún el sonido de la campana, y él era un niño, porque todavía creía en todo: en lo real tanto como en los cuentos.

Calló por fin la campana de Klara y sacó al joven de sus pensamientos el ruido de unos pasos que se acercaban por la vereda. Hacia él llegaba del pórtico un hombrecillo con grandes patillas, gafas que más bien parecían protegerlo de las miradas que defender sus ojos, boca malévolamente siempre adoptaba una expresión amigable e incluso bienintencionada, sombrero blando a medio abollar, abrigo bien cortado con botones desiguales, pantalones a media asta y un andar que indicaba algo intermedio entre aplomo sugerente y timidez. Era imposible juzgar su edad o su posición social por su incierto aspecto exterior. Igual podía tomársele por un trabajador que por un funcionario, y parecía tener entre los veintinueve y los cuarenta y cinco años. Ahora, sin embargo, se le diría halagado por la compañía de la persona a cuyo encuentro iba, porque se quitó el sombrero, levantándolo muy alto, al tiempo que su rostro se iluminaba con la más amable sonrisa:

—¿No le habré hecho esperar, señor juez de primera instancia?

—Ni un minuto. Acaban de dar las siete. Le doy las gracias por haber tenido la amabilidad de venir, porque tengo que reconocer que este encuentro con usted es para mí muy importante; se trata, por decirlo en dos palabras, de mi porvenir, señor Struve.

—¡Diablos!

El señor Struve parpadeó un momento, porque él, de este encuentro, no había esperado otra cosa que un copazo y una charla; estaba muy poco dispuesto a tener conversaciones serias, y buenas razones tenía para ello.

—Para poder hablar más a gusto—continuó el juez de primera instancia—, lo mejor será que nos sentemos allí, si no tiene usted nada que oponer, y nos tomemos una copita.

El señor Struve se tiró de la patilla derecha, se caló cuidadosamente el sombrero, dio las gracias por el ofrecimiento; pero estaba nervioso.

—Y, para empezar, tengo que rogarle que deje de llamarme juez de primera instancia—añadió el joven, reanudando la conversación—, porque lo cierto es que juez de primera instancia no lo he sido nunca, sino, todo lo más, oficial de secretaría eventual, y aun esto lo dejo a partir de hoy, de modo que ya no soy más que señor Falk a secas.

—¿Cómo dice usted?

El señor Struve puso cara de haber perdido un amigo elegante, pero sin perder por ello su expresión de buena voluntad.

—Usted, que es hombre de ideas liberales...

El señor Struve trató de pedir la palabra para explicarse, pero Falk seguía hablando.

—He tomado la decisión de hablarle por ser usted miembro del liberal *La Caperucita Roja*.

—Por Dios, soy el más humilde de sus colaboradores...

—He leído sus artículos, tan llenos de fuerza, sobre la cuestión obrera, y sobre todas las demás cuestiones que tanto nos importan. Estamos ahora en nuestro *Annum III*, escrito así, con números romanos, porque es el tercer año en que se congregan nuestros representantes, y pronto veremos nuestras esperanzas convertidas en realidad. He leído sus excelentes biografías, publicadas en *El amigo del*

campesino, de los principales políticos, hombres del pueblo que, finalmente, han conseguido realizar lo que durante tan largo tiempo les reconcomía, ¡usted es un hombre del futuro, y yo le reverencio!

Struve, cuya mirada se había apagado en lugar de encenderse ante tan elogiosas palabras, aprovechó con alegría esta oportunidad de cambiar de tema y tomó con ansia la palabra:

—Debo decir que oigo con verdadera alegría las palabras de reconocimiento de una persona tan joven y, hay que decirlo, tan notable como usted, señor juez de primera instancia, pero, por otra parte, yo me pregunto por qué tenemos que hablar de cosas tan serias, por no decir tristes, ahora que estamos en plena naturaleza, y en el primer día de la primavera, cuando todo está a punto de florecer y el sol derrama su calor sobre la naturaleza entera; dejemos a un lado las preocupaciones y tomémonos una copa en paz. Perdóneme, pero pienso que, por ser el mayor de los dos, puedo... osar..., quizá, por eso mismo, proponer...

Falk, que había salido aquella mañana como un pederual en busca de yesca, se dio cuenta de que estaba pinchando en hueso. Aceptó esta proposición sin gran entusiasmo. Y allí siguieron sentados los dos nuevos amigos sin decirse otra cosa que la decepción que expresaban sus rostros.

—Acabo de decirte, amigo mío¹—prosiguió Falk—, que hoy he roto con mi pasado y he renunciado a la carrera administrativa. Y ahora quería añadir que he tomado la decisión de hacerme escritor.

¹ A partir de aquí, y por iniciativa de Struve, se tutean: el paso del *usted* al *tú* era, y sigue siendo, toda una ceremonia en Suecia; el término de tuteo entre amigos es *bror*, 'hermano', que aquí se traduce por «amigo»; se ha sustituido la tercera persona por la segunda. (*Todas las notas al pie son del traductor*).

—¿Escritor? ¡Diablos! ¿Y por qué? ¡Pero hombre, qué lástima!

—No, no es una lástima. Pero ahora, querido amigo, quería preguntarte si sabes dónde podría yo encontrar trabajo.

—¡Hum! A esto es difícil contestar. Hay tantísima gente buscándolo... Pero esto no debe preocuparte. Lo que sí es una lástima es que hayas roto con tu carrera, porque la de la literatura es dura de verdad.

Se diría que Struve estaba convencido de que era una verdadera lástima, pero, al mismo tiempo, no podía menos que alegrarse de tener un nuevo compañero de desdichas.

—Bueno, a ver, dime—prosiguió—, ¿cuál es la causa de que hayas renunciado a una carrera que no sólo da honor, sino también poder?

—El honor para los que usurparon el poder, y el poder para los implacables.

—¡Bah, palabras!, no es para tanto.

—Ah, ¿no? Pues entonces voy a describirte *uno solo* de los seis departamentos en que trabajé. Los cinco primeros los dejé por la sencillísima razón de que allí no se trabaja nada. Cada vez que iba a preguntar si había algo que hacer la respuesta era siempre la misma: «¡No!», y tampoco veía yo a mi alrededor a nadie que estuviese haciendo nada. Y esto a pesar de que se trataba de departamentos tan solicitados como el Tribunal de Control de Destilación de Bebidas Espirituosas, la Secretaría de Imposición de Gravámenes Fiscales y la Dirección General de Pensiones de Funcionarios. Pero cuando vi esas muchedumbres de burócratas que se apretujaban unos contra otros, se me ocurrió pensar que en el departamento que se encargaba de pagar tantísimo sueldo tendría forzosamente que haber trabajo. Y por eso solicité que me asignaran un puesto en el Negociado de Pago de Sueldos de Funcionarios.